

LA HISTORIA EN CALIENTE

LUIS FERNANDO
AFANADOR

Todo estaba dado para que nunca hubiéramos conocido *Suite francesa*. Su autora, Irène Némirovsky, fue detenida por los gendarmes franceses el 13 de julio de 1942 en el pueblo de Issy-l'Évêque, llevada al campo de concentración de Pithiviers y luego a Auschwitz, donde murió gaseada. Su esposo, Michel Epstein, judío ruso como ella y con alguna influencia, sin saber el desenlace de la detención, le escribió al mariscal Pétain —jefe del gobierno títere de Vichy— ofreciéndose a ocupar su lugar en el campo de concentración. Al poco tiempo vinieron por él y también fue llevado a Auschwitz. Los gendarmes, que no desfallecían, pusieron en su mira a las dos pequeñas hijas del matrimonio Epstein, Denise y Elisabeth. Una profesora del colegio las ocultó y la tutora las llevó a un convento católico y luego a unos sótanos en la región de Burdeos. La persecución no cesaba, pero lograron salir clandestinamente de Francia con la pequeña maleta donde estaban los manuscritos de *Suite francesa*, en un cuaderno de papel cebolla con la letra diminuta. Denise los conservó durante décadas sin leerlos —pensaba que era un diario y eso la aconsejaba— hasta que decidió donarlos al Institut Mémoire de l'Édition Contemporaine (IMEC). Antes de

entregarlos, los transcribió a máquina ayudada con una lupa: no era un diario, era una novela inacabada sobre la ocupación nazi en Francia. Se publicó en 2004 y desde entonces ha sido premiada y celebrada por la crítica y por el público. “Querido amigo... piense en mí. He escrito mucho. Supongo que serán obras póstumas, pero ayuda a pasar el tiempo”, le había escrito Némirovsky a su director literario Albin Michel, diez días antes de que se la llevaran de su casa para siempre.

Irène Némirovsky había nacido en Kiev en 1903. Su padre era un rico banquero judío y su infancia transcurrió entre vacaciones en la Costa Azul, institutrices francesas y una pésima relación con su madre —tema que será un leitmotiv en sus ficciones—, que veía en ella una amenaza a su juventud y una rival sexual. “En su corazón alimentaba un extraño odio hacia su madre que parecía crecer con ella”, dirá en *El vino de la soledad*. Con el triunfo de la revolución bolchevique, tuvieron que huir de Rusia hacia Finlandia y terminaron radicándose en París. Se matriculó en la Sorbona y, mientras le daba largas a su carrera de literatura, escribía relatos y se dedicaba a pasarlo bomba: “He pasado una semana completamente loca: baile tras

baile; todavía estoy un poco embriagada y me cuesta regresar a la senda del deber”. Lo cierto es que a los 26 años publica *David Golder*, una novela con sesgo autobiográfico que tuvo un éxito inusitado en su momento y fue adaptada al cine. Llamaron la atención sus descripciones de los personajes judíos, cercanas al estereotipo antisemita. Némirovsky alcanzó a decir que si Hitler hubiera estado en el poder cuando hacía su novela, la habría escrito distinto.

El antisemitismo es un asunto complejo y polémico en su obra y en su vida. En su novela *Los perros y los lobos*, donde más ahonda en la identidad judía, escribe: “¡Ah, cómo odio vuestros melindres europeos! Lo que denomináis éxito, victoria, amor, odio, ¡yo lo llamo dinero! ¡Se trata de una palabra para designar las mismas cosas!”. Pero allí mismo matiza: “Esos son los míos; esa es mi familia”. Para Myriam Anissimov, autora del prólogo de la edición francesa y española de *Suite francesa*, Némirovsky se odia a sí misma en tanto que judía. Jonathan Weiss, su biógrafo, le hace un duro escrutinio. Algo injusto, según le confesó en una entrevista Denise Epstein a la periodista Lola Galán: “Yo creo que escribía así porque veía así el medio burgués judío que conocía bien. Lo mismo que a su madre, a la que detestaba. Se servía de ese conocimiento tan profundo de los ambientes judíos para criticarlos. Un poco como François Mauriac se sirve de su dominio de la sociedad católica de Burdeos para atacarla de forma acerba. Pero lo vemos así ahora que conocemos la Shoah. En los años treinta era distinto. Leerlo ahora, con todo lo que sabemos, es evidente que no nos produce una sensación agradable”. Con su francés impecable, quiso ser una escritora francesa pura sangre —con temas puramente franceses y con el nombre de Jeanne Fournier—, y cuando abordó las historias exóticas, buscó un cuidadoso equilibrio, a juicio de J. M. Coetzee: “A fin de que la etiquetaran de autora rusa que escribía en francés, guardaba las distancias con la comunidad de emigrantes rusos. A fin de evitar que la tacharan de judía, estaba dispuesta a burlarse de los judíos y a caricaturizarlos”. En los años treinta, Francia vivía un clima antiinmigrante —había recibido medio millón de refugiados

de Franco— y antisemita, por el catolicismo de la derecha y “la hostilidad a la plutocracia” de la izquierda. Ya la sociedad no se encontraba dividida como en el famoso “Caso Dreyfus”, a finales del siglo XIX: era mayoritariamente antisemita. Némirovsky se convirtió al catolicismo, buscó asimilarse, dada la fragilidad de su estatus: no tenía ninguna nacionalidad, no tenía pasaporte ruso ni francés. No huyó, habiendo tenido la posibilidad de hacerlo: Issy-l'Évêque quedaba cerca a Suiza, país que recibía a las mujeres y a los niños judíos. Tal vez estaba cansada de escapar —“deportación es una palabra tan rusa”— o confió excesivamente en la hospitalidad francesa por ser “una judía diferente”. Se equivocó, aunque tuvo la suficiente lucidez para vislumbrarlo: “¡Dios mío! ¿Qué me hace este país? Ya que me rechaza, considerémoslo fríamente, observémoslo mientras pierde el honor y la vida”. Y eso hizo durante sus dos últimos años de vida: analizarlo, retratarlo con agudeza; destruir como nadie el mito de la resistencia francesa al nazismo.

La persecución no cesaba, pero lograron salir clandestinamente de Francia con la pequeña maleta donde estaban los manuscritos de *Suite francesa*, en un cuaderno de papel cebolla con la letra diminuta.

Suite Francesa estaba pensada como una gran novela dividida en cinco partes, de las cuales solo alcanzó a escribir las dos primeras, *Tempestad en junio* y *Dolce*. De la tercera, solo conocemos el título —*Cautividad*— y notas manuscritas sobre su desarrollo, que son muy interesantes porque ella escribía de acuerdo con el estilo “Iván Turguéniev”: “Al comenzar una novela escribía no sólo el relato en sí, sino también las reflexiones que este inspiraba, sin supresión ni tachadura algunas”. Una novela de mil páginas, inspirada en *Guerra y paz*, de Tolstoi, de quien había aprendido a contar los acontecimientos históricos a través de los personajes: “Lo que dice Percy es bastante justo (y por otra parte banal, pero admiremos y

amemos la banalidad): que las mejores escenas históricas (véase *Guerra y paz*) son las que se ven a través de los personajes”. Sin embargo, Tolstoi escribe sobre acontecimientos que sucedieron cincuenta años atrás y ella debe escribir sobre la “lava ardiente” del presente. ¿Cómo hacerlo para no ser una simple cronista? ¿Cómo lograr que esos hechos le puedan interesar a un lector futuro? No perdiendo de vista el destino individual de los personajes, “la humilde vida cotidiana”.

Tempestad en junio, el comienzo de *Suite francesa*, es una feliz conjunción entre los planos generales y los primeros planos. Vamos de los movimientos de masas a los pequeños detalles de las vidas particulares. Están las imágenes de los miles de parisinos huyendo hacia el campo porque vienen los nazis a destruir su amada ciudad —largas filas, congestiones, ansiedad colectiva— y también las de Charlie, el anticuario maniático que no quiere abandonar sus porcelanas; la familia Péricand, que, preocupada por sus corotos, se olvida del abuelo; Gabriel Corte, el escritor que siente asco al tener que dormir en un hotel hacinado y prefiere quedarse en su auto; Corbin, el dueño de un banco, a quien se le crea el dilema de llevar en la huida a su esposa o a su amante. Como ellos, habrá otra gran cantidad de personajes de distintas clases sociales a los que conoceremos en la peor y en la mejor versión de sí mismos porque “si quieres conocer a la gente, inicia una guerra”. No aparece por ninguna parte la gloriosa resistencia francesa a los nazis y no predomina la nobleza ni la compasión sino seres temerosos, egoístas e insolidarios, con sentimientos de desorientación y humillación. Con su percepción de novelista, más que de historiadora, Némirovsky capta a una sociedad cansada de la guerra —las heridas de la Primera Guerra Mundial no habían sanado— y dispuesta a transigir con el enemigo, a entregarse sin luchar.

En la segunda parte, *Dolce*, pasamos de la inminencia de la ocupación a la vida bajo la ocupación, en Bussy, un pequeño pueblo. La narración es menos vertiginosa, más lenta, más estática —una suite mezcla distintas tonalidades— y el foco es la casa de los Agnellier, donde

viven la señora Angellier y su nuera, Lucie, a la espera de que el hijo y el esposo, que ha sido apresado por los alemanes, regrese. Entretanto, deben convivir con Bruno, un oficial nazi al que le asignaron esa casa como residencia. Bruno es una persona sensible y delicada que despierta el afecto de Lucie y la reprobación de la señora Agnellier. Por cierto, su hijo estaba lejos de ser un buen marido. En contrapunto, en una granja cercana al pueblo, Madeleine —un personaje de la primera parte—, ya casada con Benoit, debe acoger a otro oficial nazi, lo cual crea un conflicto con su esposo. Hay en el pueblo, en las autoridades y en la aristocracia, un espíritu colaboracionista y en las mujeres un ánimo de entablar relaciones con los alemanes. Dice una costurera a quien le reprochan que intime con los invasores: “Donde ustedes ven a un alemán, yo veo a un hombre que es buena persona conmigo”. Más que con una típica historia de amores imposibles, Némirovsky quiere confrontarnos con la dificultad de afirmar un destino individual en medio de la historia, las guerras y los nacionalismos. Los soldados nazis no eran malos, otro mito que derriba esta novela inconclusa.

En *Cautividad*, según se infiere de sus notas, pensaba ahondar en ese conflicto entre el destino individual y el destino común. Los títulos de las partes cuarta y quinta quedaron con un sugestivo interrogante: ¿*Batallas?* ¿*La paz?* Pero no la dejaron terminar. Entendió muchas cosas e intuía que le faltaba el eslabón para armar la figura completa. Lo alcanzó a llamar “el secreto de Dios”. No vivió para conocer su verdadero nombre: el Holocausto, la solución final. ¿Qué tanto hubiera cambiado sus planes iniciales? No vale la pena especular, lo que nos dejó es admirable, como lo es su capacidad de mantener una mirada objetiva y atenta, una inmensa serenidad, cuando el cerco se había cerrado. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.